



EL LENGUAJE EN LA CULTURA DEL CAFE

Por: **Victor Villa Mejia**

“Una de las peculiaridades de Antioquia ha sido la comunicación positiva y descomplicada entre las clases altas y la gente llana. La verdad es que el formarse la idiosincrasia de ese pueblo, el dueño de la hacienda o de la mina era tan campesino como el peón, con quien compartía madrugadas y fatigas sin contemplaciones ni privilegios como un jornalero más con responsabilidades diferentes (...) La ruptura que está padeciendo Antioquia vino más tarde, cuando se estableció el ausentismo y los señores empezaron a vivir en la ciudad: se crearon entonces dos subculturas, la citadina y la campesina, que en tanto que no se hermanen, producen violencia”. Belisario Betancur (1)

Antes de ocuparme de lo sociolingüístico, me referiré a lo que quiero nombrar cuando hablo de ‘cultura del café’. Al respecto, debo confesar que sorprende, casi asusta, la escasez de elaboraciones conceptuales, a pesar de que casi todo el mundo asegura su existencia e incluso cree saber de qué se trata.

Para los intereses de este contexto, primero pasaré a algunas aproximaciones a la cultura del café, luego propondré una definición operativa y, por último, me centraré en las variables sociolingüísticas de esa cultura del café.

La cultura del café

Uno de los estudiosos más dedicados a la cultura del hombre cafetero, ha sido Germán Ferro. Al elaborar la noción de cultura cafetera, él elabora primero la noción de ‘cultura paisa’ en tanto fusión de lo indígena, lo español y lo negro: de ahí desprende una forma de vida específica, la paisa, en especial cómo vivimos, cómo entendemos el mundo, cómo asumimos la identidad. Una vez inscritos en un mundo material y espiritual,

surge una generalidad llamada **cultura cafetera**: “Trabajadores, mineros, arrieros, van creando una dinámica cultural muy particular que se consolida y madura alrededor de la aparición, cultivo y comercialización de una planta: el café”(2). Y agrega:

Aparece entonces toda una creación de ese entorno cafetero: la pequeña propiedad o parcela, la familia numerosa, las creencias de tipo religioso fuertemente arraigadas, el mundo de la leyenda y el mito, los tradicionales cuentos de aparecidos y espantos como el cura sin cabeza, la llorona, la patasola, etc., los cuales se narran en la noches al terminar la jornada.

Ir al pueblo, hacer el mercado, asistir a la misa, lucir la mejor ropa del domingo, transportarse en el jeep Willys y el camión de escalera de estridente colorido, visitar al compadre, hacer la fiesta de bautizo, participar con recogimiento y “estrén” en la Semana Santa, realizar la infaltable navidad con aguinaldos, licor, llegada del “Niño Dios” para los niños y el remate con la fiesta de año nuevo son actitudes y vivencias que van conformando el acontecer de la vida campesina, todo

(1) BETANCUR, Belisario (1992). “El lenguaje como expresión de la historia de Antioquia”. *Dominical de La República*. Santafé de Bogotá, dic. 20, p. 4.

(2) FERRO, Germán (s.f). *Exposición “Cultura del hombre cafetero”*. Pereira, Banco Cafetero de la República, plegable.

lo cual gira de una u otra forma alrededor de la cosecha del café.

Otros investigadores han recurrido a la trilogía aparición-cultivo-comercialización del café, para abstraer las condiciones socio-económicas de esta actividad y llamar a tal entramado 'cultura cafetera'. Me estoy refiriendo a Carlos Acevedo et. al. (3), a Guerra & Patiño(4) , pero en especial a Alberto Vasco.

Vasco homologa cultura a la noción de 'formación social', y es una buena propuesta para un estudio histórico, i.e. diacrónico. La siguiente cita ilustra lo anterior: "A diferencia de Nieto Arteta quien describió el proceso de consolidación` (hasta 1940) de la cultura cafetera en el más amplio sentido de la acepción, nosotros estamos hablando de la descomposición de esa cultura en un proceso necesariamente violento (1960) y que dio paso a otra formación social básicamente diferente" .(5)

El texto de Vasco aporta así mismo elementos constitutivos de la cultura antioqueña, inferidos siempre de la especificidad de la cultura cafetera. Por ejemplo, al referirse a los pequeños propietarios o cosecheros, los describe como de una personalidad activa, beligerante, emprendedora, hábil y recursiva, muy propia de la raza antioqueña. Y al caracterizar a los hijos de los jornaleros y agregados, dice:

Lo más frecuente es que antes de los quince años haya(n) salido del hogar paterno y se

haya(n) ido a lo que se conoce como andar la vida, aspecto relacionado íntimamente con las explicaciones que se puedan dar a los fenómenos migratorios y al hecho de que los antioqueños estén diseminados por toda la faz de la tierra.

En tercer lugar, hago alusión a la única referencia a 'cultura cafetera' encontrada en los documentos de la Federación Nacional de Cafeteros. En **Cereza y Pergaminos(6)** (órgano informativo del Comité Departamental de Cafeteros de Antioquia) se insinúa que el impacto social de las actividades impulsadas por el Comité en aras del desarrollo humano de la comunidad, y que tanto el nivel de compromiso asumido ante ella como el grado de incidencia, configuran un balance que privilegia primero al hombre y luego lo producido por ese hombre, y esa forma de ver configuran la cultura cafetera. Como se ve, más que un aporte es una actitud, muy valiosa por entronizar en el tecnoclecto del Comité la frase nominal 'cultura cafetera'

Ahora bien: entendiendo por cultura del café aquella historia común que comparten las comunidades dedicadas a la caficultura, las cuales están de acuerdo en adoptar un cierto sistema de valores también común. Es decir, están de acuerdo en cuál es la forma adecuada de vestir, de comer, de contraer matrimonio, de educar a los hijos, de realizar ceremonias rituales, de trabajar. A ello se añade, en primerísima instancia, la forma de comunicarse verbalmente internalizada y protagonizada por la comunidad caficultora.

(3) ACEVEDO, Carlos et. al. (1989). "Haciendas cafeteras antioqueñas". *Lecturas de Economía*. Medellín, No. 28, p. 91-126.

(4) GUERRA M., Jaime y PATIÑO G., Carlos (1983). *Características socioeconómicas de los jornaleros recolectores de café de Bolívar (Anti.)*. Medellín, Universidad de San Buenaventura, 477 p. Tesis de grado.

(5) VASCO U., Alberto (1988). "La cultura cafetera". *Desde Heliconia hasta hoy a través del café*. Medellín, Universidad de Antioquia, p. 55-57.

(6) CEREZA Y PERGAMINO (1991) "Una cultura cafetera". Medellín, No. 39, p. 1.



La forma de comunicación tiene su propia historia para cada comunidad en particular: producto de transacciones, protagonismos, aprendizajes y experiencias, estas prácticas comunicativas están íntimamente ligadas con la actividad económica, la adscripción a determinado estrato de la sociedad, la procedencia de sus miembros y los eventos comunicativos que usualmente son escenificados por los sujetos sociales.

Lo que hace la sociolingüística es observar la comunicación verbal y relacionarla con las formas de organización social prevalcientes en una comunidad en particular y en la sociedad en general. Por eso se interesa en la región, para deslindar **dialectos**; en los estratos o relaciones sociales, para deslindar **sociolectos**; y en las situaciones comunicativas, para deslindar **jergolectos**.

Para acceder a dicha información se apuntala en la interacción verbal capturada en la comunicación espontánea, en los registros del folclor y en los textos de la literatura. Con base en estos materiales, el sociolingüista se apresta al desentrañamiento de las

relaciones entre el funcionamiento de la sociedad y el funcionamiento del lenguaje.

A modo de ilustración, existe una trova alusiva a la recolección del café (recogida por Ramiro Pinzón en "Ciencias y folclor"), de la que se infieren eventos comunicativos propios de la comunidad caficultora, y dice:

En las cogidas de café
Es donde se ven cositas
Palabras de casamiento
Comadres y comadritas.(7)

Otro ejemplo podría ser la novela **La cosecha**, de Osorio Lizarazo, en la que se describen las estrategias discursivas de Mitriades el usurero y de Rafael el caficultor víctima de la voracidad del prestamista. Más adelante volveré sobre estos personajes.

Voy a postular como variables sociolingüísticas de la cultura del café, las siguientes: los circuitos léxicos, las

(7) *A propósito de esta copla, conviene relieves la investigación de Marlene López "Estudio socio-cultural del caficultor de Ochali", quien se apuntaló en la trova como una de las estrategias metodológicas de su tesis de grado.*

instituciones y la 'mentalidad' del caficultor inferida de las canciones que consume.

Los circuitos léxicos

Son fenómenos propios del funcionamiento sociocultural de la lengua. Se dan bajo el supuesto según el cual la aparición de una palabra en la comunicación interpersonal está antecedida por su agenciamiento en otras personas que la han pronunciado en otras situaciones comunicativas, pertenecientes a otros oficios o gremios, radicados en otras regiones. Esta noción está muy cerca del abecé de la lingüística sosiriana, que concibe la lengua como "un sistema gramatical virtualmente existente en cada cerebro, o más exactamente, en los cerebros de un conjunto de individuos, pues la lengua no está completa en ninguno, no existe completamente más que en la masa".

El circuito léxico viene a ser, pues, el patrón paradigmático de una lengua histórica particular, en este caso del español. Es patrón paradigmático porque la ocurrencia de la palabra, i.e. lo dicho, remite a las demás ocurrencias aunque no dichas.

El circuito léxico es variable sociolingüística cuando ese decir **nombra personas** -presentes o ausentes-, imbricadas en un mismo proceso de actividad social. No sería variable sociolingüística si el decir sólo **designa cosas** , en cuyo caso no hay circuito léxico sino campo semántico.

El mejor ejemplo de circuito léxico en la cultura del café lo constituyen las internominaciones -nombramientos mutuos- entre recolectores y mayordomos. Tomo los datos de la investigación *El café en la lengua* (8). Veamos cómo es la nominación de arriba a abajo,

es decir, de mayordomo a recolector. (Los lexemas en mayúscula son los efectivamente dichos, los con minúscula son los no dichos pero constitutivos del circuito léxico):

AGRICOLA, ARROBADOR, ARROBERO, AZADONERO, CAMPECHANO, COGEDOR, COLCHA, COSECHERO, COTUDO, DRIL, FRANELO, JETA, LEÑATERO, MONTAÑERO, OFICIAL, PLASTICO, SAINO, SEMANERO, TROMPA, billullero, boquiamargo, camello, campeche, campesino, campirano, cargalcña, cogecafé, coletropo, corroncho, destajero, gil, guache, guasca, gorrón, guasquiladiao, guayiladiao, guayitorcido, iguazo, jornalero, labriego, lungo, mochalombrices, ñuco, obrero, proletario, recolector, ruaneta, runcho, saltaparriba, trabajador, vironcha.

El mismo circuito léxico, pero visto de abajo hacia arriba, de recolector a mayordomo, queda así:

AGREGAO, ASISTENTE, BARBERA, CABO, CAUDILLO, CORREO, CORREVEDILLE, CUCHILLA, FEO (F2), LAMBON, REGALAO, SAPO, SARGENTO, TIRANO, administrador, cagatintas, capataz, caporal, chupamedias, jefe, lamberica, mandacallar, mandamás, matagente, mayordomo, metelombro, patrón de corte, sobreinstante, vigilante.

Si asumo el lenguaje como sintoma de lo social, fácilmente puedo inferir que las relaciones entre estos dos rangos jerárquicos son demasiado complejos. Para el oyente desprevenido los lexemas anteriores, más que

(8) ALVAREZ HENAO, Luis Eduardo (1981). *El café en la lengua*. Armenia, Universidad del Quindío, 218 p.

significantes del nombrar, parecen actos de habla del tipo insultar o provocar. Pero se trata de lexemas sustantivados, cuya función es simplemente edificar la lectura del otro, desde un lugar específico de la estructura social, en la que el lenguaje es el mismísimo poder (para los mayordomos) y la posibilidad, única tal vez, de crítica social y venganza política (para los recolectores).

Las instituciones

Configuran la segunda variable de la cultura del café. Se verá claro que esta variable también remite a las interrelaciones, pero más específicamente a las interacciones por medio del lenguaje. Las interacciones en las instituciones no interesan sólo a la sociolingüística; la literatura, en tanto valoración de la realidad, se apunala en el hecho social intra e inter institucionales, para presentar una imagen de esa realidad social. De allí, de las imágenes literarias, lo puede tomar cualquier disciplina social y hacer un cotejo mediatizado - por la literatura- de la misma realidad.

Eso es lo que haré con un pasaje de *La Cosecha*, en el que el narrador omnisciente, Osorio Lizarazo, describe en 1935 las interacciones entre Mitriades (el prestamista) y Rafael (el caficultor), actantes de la institución que queremos focalizar: el prestamismo:

Ahora Rafael se había hecho deudor de Mitriades Franco. El rico le había prestado de manera casi espontánea, un domingo que no había logrado conseguir siquiera la sal de la

semana, dos pesos (...) La deuda subió de pronto a setenta pesos y Mitriades le exigió su reintegro inmediato o la constitución de una hipoteca sobre la finca, lo que equivalía a la pérdida total, según los procedimientos adoptados por el hábil usurero, que le habían creado su rápida opulencia (...) Así era como Mitriades pudo llegar a convertirse en el más rico del pueblo. Había logrado industrializar las condiciones de su carácter, alegre, optimista, expresado con esa amplia sonrisa contagiosa. Los campesinos lo respetaban y se sentían ligados a él por el doble vínculo de la simpatía y de la gratitud (...) Se habían acostumbrado a encontrar un principio de justicia en las rapacerías del usurero, que los convenía de su desprendimiento y de su abnegación.(9)

Quizás situaciones como la anterior, vividas por hombres simbólicos llamados Rafael, expliquen la existencia de prácticas de 'pobre vergonzancia', aparejadas a cierta caficultura, y que la metáfora nos pretende mostrar como inocente: **bautizar**, **santificar** ("echar agua al café para lograr más peso"); la **bautizada** ("un transportador inescrupuloso acostumbra echarle agua al café, luego de sacarle a cada bulto determinada cantidad del grano: el peso de éste se reemplaza con el del agua"(10); el **entubado** (un bulto de café al cual se le ha mezclado fruto de mala calidad, generalmente pasilla, para ganar un dinero de más).

Pero hay algo más: sobredeterminado por la relación económica que vengo analizando, este caficultor

(9) Cit. por MONTES GIRALDO, José Joaquín (1985). "El café y su cultivo en la literatura colombiana". *Estudios sobre el español de Colombia*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, p. 322.

(10) JARAMILLO ARANGO, Euclides (1980). *Un extraño diccionario. El castellano en las gentes del Quindío, especialmente en lo relacionado con el café*. Medellín, Bedout, p. 60.

resemantiza el universo tecnológico(11) relacionado con variedades, abonos, plaguicidas y beneficiamientos. Desde las afugias económicas, una simple báscula es leída como **desnucadora, guillotina, brava, ladrona**; o una agregado recodifica la paga como **billullo, centavos, menudita**.

Ahora bien: además del prestamismo, otras instituciones rodean al caficultor: el granero (el fiao), la carnicería (el apuntao), la cantina (el guardao). Todas ellas escenifican la trama social de la que hacen parte los hombres del café y, por supuesto, devienen en espacios sociales en donde se producen interacciones y transacciones útiles para el analista.

Las mentalidades

Aquí nos referimos a esos discursos que el caficultor produce y consume mientras trabaja, descansa o se inscribe en las instituciones culturales que lo circundan. Se trata de las canciones que escucha, en el cafetal o en el beneficiadero, en la cantina o en la casa del compadre, en el despecho o en la alegría perentoria. Sigo a Escobar Villegas, cuando dice que las canciones que suenan en las vitrolas de heladerías y cantinas del pueblo hacen parte de la "reconstitución de las maneras de obrar, sentir y pensar de la gente" (12).

Sobre las canciones del caficultor, la parte final el siguiente texto de Germán Ferro nos pone en la pista:

Estos campesinos integran familias organizadas, ordenadas, y la cocina será un buen lugar para observarlo: fogón de leña, ollas con tizne

al igual que ollas relucientes, tazas de esmalte y platos bien dispuestos en estanterías de madera; racimos de plátanos y troncos para leña son elementos que se conjugan con los "frisoles diarios", el sancocho, el agua de panela, la arepa, la mazamorra, el tinto, el plátano "asao", sin que falte el radio sintonizado en la emisora con música de carrilera (el subrayado es mío).

Para efectos de ponernos de acuerdo en lo que estemos en desacuerdo, propongo dividir la sociedad caficultora en cuatro segmentos: el rural, el rururbano, el conurbano y el urbano, articulados los cuatro a esas dos subculturas a las que hiciera alusión Belisario Betancur en el epigrafe de este texto: la citadina y la campesina. A cada segmento le corresponde un tipo de música, así: al rural, la guasca; al rururbano, la carrilera; al conurbano, la popular; y al urbano, el tango. Obvio que estoy simultáneamente sugiriendo otra segmentación colateral, en la que aparece diferenciada la cultura sabia o culta de la cultura popular: esto me permite, a modo de disgresión, decir que los rurales escuchan La Voz de las Américas, los rururbanos La Paise, los conurbanos Radio Nutibara y los urbanos Radio Reloj.

Debo decir también que la sociolingüística se ocupa adicionalmente del tema de las actitudes -o mentalidades de los hablantes- sobre el qué decir y el cómo decir. En este sentido, el sociolingüista se interesa por lo que piensa el hablante sobre lo que dice (y lo que escucha) y lo que de él dicen los demás.

En relación con la música guasca aplicaremos el mismo patrón. Recorro a una opinión sobre la música

(11) Cfr. ARCILA ESTRADA, María Teresa (1984). *El caturra y la familia campesina cafetera*. Medellín, Monografía de grado para optar al título de Antropólogo - U. de A., 205 p.

(12) ESCOBAR VILLEGAS, Camilo (1988). "Estudio introductorio a la vida social en Rionegro 1950-1985. Un ensayo de historia de las mentalidades". *Cuadernos Académicos "Quirama"*, Medellín, No. 6, 62 p.

guasca -ya dijimos que la escuchan los rurales-, emitida por un externo y a la vez experto. Dice Héctor Ochoa(13) :

En la música guasca existe una gran pobreza en el texto y en la música, una pobreza tal que maleduca al oyente (...) Es un círculo vicioso: la gente de los sectores más populares no exige mejor calidad porque no la conoce; y no la conoce porque la alimentan con música de baja calidad.

Digamos entre paréntesis que la música guasca se homologa a la música carranguera y a la vallenata (antes de su cachaquización) en tanto canto a la ruralidad, a diferencia del tango que le canta a la ciudad (por eso se le llama música ciudadana). Es injusto, por decir lo menos, opinar que la música campesina sea pobre porque expresa la mentalidad campesina. Como lo he señalado en otra parte ("Rural-urbano: las metáforas del amor"), el corrido, el vallenato y la carranga textualizan y texturizan los referentes rurales, metaforizan esos referentes y explicitan sus axiologías. Esto no la hace pobre sino diferente; y no es que alimente, sino que sabe distinto.

A un urbano, por ejemplo, no le calza el siguiente tema de Merchán y González titulado "Amor feliz":

*Mañana es día domingo pa' salir a pastar
Y llevar a mi amada también a la ciudad*

*Para que esté contenta después de su labor
Porque también merece el descanso mi amor.*

*Durante la semana no puede descansar
Lo pasa trabajando cumplida en el hogar
Y yo también lo mismo lo tengo que hacer
Porque soy muy cumplido también con el deber.*

*Tan sólo el día domingo tenemos pa' salir
Debido a la pobreza nos toca ser así
Juntos nos ayudamos y vivimos feliz
El amor es muy grande sabiéndolo vivir.*

Y a un rural no le cuadra, creo yo, el tango "Sangre maleva". Son temáticas y referencialidades bien diferentes, al igual que distintas son las mentalidades. Incluso los acentos, cadencias y melodías son diferentes en cada punto del continuo (rural-rururbano-conurbano-urbano). Lo mismo puede decirse de la instrumentación: aunque parientes el bandoneón y el acordeón, en el tango el bandoneón habla a su modo, si lo comparamos con el acordeón de botones del vallenato o con el acordeón de teclas del corrido.

El análisis sociolingüístico de las canciones, como mentalidades, se centra primero en la pertinencia de las temáticas y luego en las gramáticas de decodificación de que cada sociolecto dispone para su descifre y degustación. Aquí es cuando Alvarez Henao reivindica la naturalidad y espontaneidad de la comunicación campesina capturada en la música guasca, y agrega: "En tal discurso musical se identifica plenamente un



(13) OCHOA, Héctor (1992). "El camino de la vida está empedrado de notas musicales". Entrevista de Jaime Jaramillo Panesso. *Unaula*. Medellín, No. 11, p. 186-187.

sentimiento profundo que se revela sencillamente a través de un léxico corriente pero auténtico en alguna canción” (p. 193).

Lo mismo habría que decir de los hablantes de los otros sociolectos (rururbanos, conurbanos y urbanos), que escuchan carrilera, popular y tango. Sirva de ejemplo para los cuatro estratos que estamos caracterizando (abarcados todos por el genérico “música popular”), el fenómeno llamado Darío Gómez. Una publicación seriada perteneciente a la cultura sabia como la Hoja de Medellín, no pudo resistirse a incluir en su número 6 un artículo titulado “El idolo del pueblo”, y opinar categóricamente que “la gravedad de Darío Gómez es que ha cantado historias sinceras y con mucho sentimiento: simples y verdaderos dramas del corazón” (p. 30-31).

A propósito del corazón, no he opuesto aquí la música guasca al bambuco o al pasillo, a pesar de su utilidad para la reflexión sociolingüística. Prefiero aplazar tal segmento para ulteriores ocasiones, a sabiendas de que la presunta violencia presente en la no resolución respetuosa de las diferencias entre las

subculturas campesina y citadina pasa, justamente, por esta polaridad de actitudes melómanas.

Dicho en otras palabras: los caficultores urbanos tienen todo el derecho a reivindicar su música, como lo tienen los caficultores campesinos. A lo que no tienen derecho los caficultores de la ciudad es a imponerles sus gustos, cualesquiera que sean los pretextos y los medios utilizados para tal fin. Opiniones como la de Samper Pizano(14) podrían esclarecer lo implícito en tales miradas especulares:



Los campesinos que aparecen en nuestros bambucos no son más que maniques poéticos que se expresan como cultos caballeros de ciudad (...) El bambuco y otros aires similares del interior no corresponden en realidad a sentimientos auténticos campesinos, sino a englobados poemas flamantes de retórica y prosopopeya (...) Ni siquiera cuando trata de copiar el habla campesina es auténtico el

bambuco: ‘Chatica linda’, por ejemplo, pretende estar escrito en lenguaje rústico; pero es sólo un documento filológico que imita mal el lenguaje que quiere representar; se imita mal

(14) Samper Pizano, Daniel. “Bambuco hechicero de mis cuitas”. Cit. por ALVAREZ HENAO, Luis Eduardo. *Op. cit.*, p. 194-195

el lenguaje que quiere representar; se le notan las costuras: 'Como yo no habrá quen la quera hasta que se muera, linda chatica, ven dame un besito siquiera'.

Epílogo

No estoy seguro de haber aportado algo novedoso sobre la cultura cafetera, i.e. sobre las instituciones comunicativas de las comunidades cafeteras. Tampoco tengo certeza sobre si las tres variables expuestas son suficientes para una sociolingüística del café. La primera incertidumbre es imputable a la no recurrencia a una estrategia investigativa del tipo acción-participación. La segunda, se debe a la no consideración de variables sociológicas como la edad y el sexo, entre otras, determinantes en los agentes sociales de la caficultura.

En efecto, si la dialectología ha dividido el ciclo vital del café en la siembra, el cuidado del árbol, la recolección, la despulpada y la secada del grano, era de esperar que la sociolingüística siguiera el mismo itinerario: o por lo menos que hubiera enfatizado en la recolección, como el subciclo vital menos afectado por la tecnificación y por lo tanto más humano. Y, ciertamente, es en la recolección donde entran a ser determinantes las variables siguientes:

—sexo (Luis Flórez (15) dice que en nuestro medio predominan las mujeres y las llama chapoleras),

—edad (la media parece estar entre los 20 y los 25 años),

—procedencia de los recolectores (piénsese en las



(15) FLOREZ, Luis (1957). "Café". *Habla y cultura popular en Antioquia*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, p. 283-288.

poblaciones flotantes) y de los nuevos propietarios de haciendas (si los hay).

—masificación de la recolección (variable que obliga a analizar, p.e. la calidad de la convivencia en los cuarteles).

—impacto de la cosecha en la población no caficultora,
y

—conflictos entre haciendas por la inelegante costumbre de sonsacar a los trabajadores (16)

Estos aspectos quedan para después. Por ahora mi propósito, creánmelo, era más que aclarar, confundir. Confusión que contrarrestara el efecto de otra confusión sobre la cultura del café: la ocasionada por un exceso de simpleza y de domesticación, tal como lo señalé al inicio de este texto.

(16) Cfr. para tal efecto DEAS, Malcom (1993). "Una hacienda cafetera de Cundinamarca: Santa Bárbara (1870-1912)". *Del poder y la gramática*. Santafe de Bogotá, Tercer Mundo, p. 233-268.